



EL
MIRLO
BLANCO

«Nunca olvidaré el día en que vino a vivir con nosotros [...]»

Amparo Dávila

Martes Santo

LLEGÓ CON PAPÁ DE NOCHE, NI TARDE NI TEMPRANO, UNA noche de marzo, justo antes de que los faroles que empacan la senda a casa prendieran y se molestasen las meigas —que hubieron de alzarse en el negro cielo, muy erguidos los capirotos en punta de sus testas sobre los escobazados cuerpos— por estimar jubileo de fe; justo antes que la lechuza ululara por entre las ramas centenarias de los olmos de corazón pardo, arrebujada por causa de la lluvia incesante y del cierzo helado que en Viveiro no avisa y tanto espanta. Como esa semana entrante se celebraba el Viernes Santo, al gran samaritano que era papá le pareció virtuosa la idea de sentar a un extraño, foráneo de nuestra tierra —no había más que otear su nariz *palilarga*, su cuerpo esmirriado y sus pajizos y copiosos bucles para saber que no era *galego*— a la mesa, alojarlo bajo el techo caliente y confortable, con esencia de lavanda en tiestos, alfeizares y jergones, y colmarlo

con los dones de los que mamá, Antoñina y yo disfrutábamos cada día gracias al denodado esfuerzo de papá en la botica del Castelo da Ponte, la más antigua y mejor del lugar, porque otras había, sí, había otras, pero la de papá siempre estaba obrando y en ella remedios para todo había.

¿Tiene Ud. catarro de vejiga? Pues tómese el Elixir del Dr. Guillé que viene del mismo París —sitio del que nos llegan bebés día sí y día también—. ¿Tiene Ud. dolor de vientre? Pues tómese jarabe de zarza, jengibre y cardamomo que, además, tiene efectos «tónico-currientes».

En resumidas cuentas, papá decidió una noche —así porque sí—, tras cerrar la botica, que hasta que acabasen los actos y desfiles procesionales de Semana Santa que en Viveiro tanto gustan y tanta paz dan al alma, aquel hombrecillo hostil, de traje blanco y bombín de heno se hospedaría con nosotros. Como no le vimos entrar, quizás porque iba oculto, muy calladito, dentro de la algodonada umbría del bolsillo de la levita de papá, hubimos de hacerle frente justo en el instante en el que *la* Carola anclaba sobre la mesa la humeante olla de lacón con grelos guisados con *patacas*. Y no fue agradable, no, a qué mentir, cuando papá la instó a que acudiese al voladero y alustrase bien fuerte, con cepillo de raíces, uno de los comederos que mamá trajo de Cillero para su media docena de mirlos blancos —«aves anormales» los llamaba papá—. Aquello no gustó a mamá, que no quería que el invitado jalase de un comedero y no de un plato como haría cualquier persona corriente. Porque mamá adoraba a sus mirlos, y no le importaba que fueran más caros que otros pájaros ni que le costase más conseguirlos; cuando, desde sus picos bermejos, ellos gorjeaban el timbre aflautado de su nombre —*tchink, tchink, tichtaaa, tichtaaa*—, a mamá se le llenaba el alma de alegría y rememoraba las tardes floreadas de almendros en las que su *avoa* la llamaba para que acudiese a comer, sobre su haldada, la bolla caliente y dulce con olor a seno de anís y miga tierna que hacía para ella todos los miércoles. Aunque Carola era una gran ama

y hacía ricas *larpeiras*, bien esponjadas de azúcar y aguardiente, mamá siempre decía que «*como as de avoa ningunha*».

—Dame el capricho, Tita —dijo papá. Aquella noche su bigote era raro, ni siquiera al comer se movía; se estaba cuadrículadamente quieto taponando las aletas nasales que menguaban a la contra de los ojos, muy abiertos y espantados—. ¿Acaso no te doy yo los tuyos? —prosiguió de mala gana.

Tita, o sea, mamá, asintió crispando las pestañas en gesto de renuncia a réplica, y ordenó a *la* Carola que sirviese la cena del extraño en uno de los comederos nuevos que compró en Cillero para sus bonitos mirlos. Pero el foráneo no comió, ni esa noche ni ninguna. Tampoco desayunaba ni almorzaba; en realidad, nunca comía en nuestra mesa, aunque siempre a ella se sentaba. Ahí, muy quieto, a la diestra de papá, susurrándole al oído cosas sucias y malas de cada quien que en la casa estaba, o sea, de mamá, *la* Carola, de Antoinina y yo. Sí, eso era, porque luego papá encañonaba nuestros cuerpos con maliciosos vistazos del que se sabe inseguro, o, por contra, se encuentra aojado. ¡Pobre papá! ¡Y qué desgracia tan grande —como decía *la* Carola— lo raposeó esa noche! En esa noche de martes, prendidos los candiles y liberados los trasgos.



El forastero era pequeño como una cerilla, de talle fino y mirada de azufre —pese al entoldado del bombín que en algo la disimulaba—; la misma que prende cuando refriegas sobre la superficie de un cerillero, del que parecía ser oriundo, la testa bermeja de un fósforo. En conjunto, lo más remarcable de todo él eran sus ojos negruzcos y mustios que nunca vi pestañear. Ojos cautos de micho de bruja, ojos de susto y amargura, ojos que ensombrecen la luz que los iris humanos filtran. Ojos que todo lo apagan, ojos que eclipsan dichas y venturas y pringan de sombras el albar impoluto de su vestimenta

blanca: la eucarística de un bebé acristianado en santa tarde de domingo, o bien, de virgo de niñas... De las que fuimos o somos —aún no sé— Antoñina y yo antes que aquel mal bicho aceptase la propuesta del gran hombre que fue nuestro padre. Un padre que, desde esa noche, se volvió receloso y pensativo, un maquinador de vilezas que el enano blanco, enfrentado a nuestras miradas de pasmo —que luego fueron de miedo—, le susurraba al oído cada vez que retornaba del trabajo a casa. Siempre creímos que fue culpa suya el hechizo de papá, que tornó abrazos y besos —esos dulces y almendrados que en rebotica cuajaba—, por hediondas palabras y pellizcos; que mutó las galanterías y justas maneras que los Castro habían tenido siempre para con sus mujeres, por golpes tristes e hirientes que, como dagas, lanzaba una y otra y otra vez —por nimio que fuera el lance o inoportuna la hora— sobre el tierno armazón de pajarillo que era el alma de mi madre.

Sí, bien sé que el forastero truncó mi hogar. Y se llevó, de la campiña del mundo, lo que más quisimos o queremos, que aún no lo sé.



—¿Cómo dice que se llama? —preguntó mi madre al dermesto blanco que, empinada su cabeza de alfiler sobre el comedero, trababa de esnifar el aroma de la granulada tirilla de lacón y de la diminuta miga de patata que *la* Carola calculó que le cogía en el cuerpo.

El hombre la miró de mala gana y nada dijo, pues por él ya hablaba padre.

—No lo ha dicho —su tono raspó el aire igual que lo hace, durante el vuelo, la escoba de una bruja—. ¿Tan importante, mujer, es el dato para ti? —Y se bebió de golpe el vaso de albariño con el que gustaba de expirar las jornadas de labor (o sea, de todas, todas).

Tita se quedó quieta, meciendo sus glaucos ojos del esposo holicudo hasta el pequeño hombre que tan mal la miraba; luego se

detuvieron en mí —por ser la mayor—, hasta dejarlos posados en los medrosos de Antoñina. Mas como madre era muy mujer y muy gallega —pertinaz como la lluvia de nuestra tierra— no claudicó en su afán, sino que, con ahínco, insistió:

—Merezco saberlo, Arturo —dijo, trasladándole a padre su instancia—. Esta es mi casa y no sé su nombre. Comparte mi mesa y no sé de dónde es ni a qué vino. Está frente a mis hijas y desconozco su oficio y...

—¡Basta! —El puño de padre amartilló la mesa. El extraño saltó del sitio; con él, las salsas y cacillos de servir las viandas—. ¿Quién te dio vela en este entierro?

La Carola pasmó de golpe —jamás había visto así al señor, y eso que entró a su servicio antes de que echara a andar—, Antoñina comenzó a hipar y a mí se me cayeron los cachelos que metidos tenía ya en la boca. Mamá enmudeció, los labios muy abiertos y los ojos llorosos. Nada más dijo.

El silencio quebró cuando una risa floja y sibilina que manaba del enano blanco se propagó por la mesa y las cacerolas y el oloroso mantel —de tono ababol— que tapizaba la camilla. No tardó en unírsele la risa de papá; en realidad, no era la suya, la de siempre, la cortés y medida, la de un Castro, sino otra irritada y ambigua, obscena y primitiva: risa de bestia —*la Carola* decía que «*foi coma a dos tolos que levan de Viveiro a Covas para encerrarlos*»¹.

Miércoles Santo

En la mañana del miércoles, Antoñina y yo espabilamos con los gritos de Tita, o sea, de mamá. ¡Dos! ¡Dos cabezas perdidas! ¡Dos hermosos mirlos blancos amanecieron degollados! Y ella andaba como loca, entre hipos y sollozos, de un lado al otro de la casa, sujetando

1 ...fue como la de los locos que llevan de Viveiro a Covas para encerrarlos.

entre sus manos su cabeza de Dolorosa, recorriendo el voladero con la tensión y la sospecha del que se sabe ultrajado.

¡Qué triste y desvaída se ve ahora la bonita gayola color luz! La preciosa jaula de trinos llena de columpios engalanados de cascabillos y palitroques que, de arriba abajo, recorren el espacio donde los pajarillos aposentan los trazos de zanahoria de sus patas escamadas. ¡Oh, qué triste! Dos pájaros sin cabezas, descuajadas a..., sobre el firme de la jaula. Uno a un lado y otro al otro, enlodados en negra y fétida y dura linfa que, por gargantas y flancos, mantos, vientres y alas, a sus cloacas llegó. Había otros cuatro más arriba, huidizos y alarmados, con su *pouk-pouk-pouk* de alarma —según decía *la Carola*: «granizado el corazón».

—Pero, pero ¿cómo es posible? —dice mamá, llora que te llora—. ¿Dejaste pasar al gato? —Imprec a *la Carola*.

Esta se queda lívida, pese a ser hembra gallada y «perra vieja».

—¿Qué morroño, mi señora? ¿De *a cuándo* tuvimos gato? ¡De nunca! Además, ha de fijarse que las tablas están tíasas y por ahí no cuela zarpa alguna; a no ser... —Puso *la Carola* faz de fraguar ideas.

—A no ser... ¿Qué? —repitió mamá.

—A no ser que el *decapitador* tenga manos y no zarpas y abra el cerrojillo de paso con los dedos.

—Pero ¿qué dices? —clamó mamá—. ¿Quién va a hacer eso?

La Carola, que era muy mujer y muy gallega —pertinaz como la lluvia de nuestra tierra—, aún con el disgusto de la intrusión del foráneo en la cena de los Castro, no dudó en inculparle semejante hechicería.

—¿Quién hay *de nuevo* en la casa, señora? ¿Quién? —Y nos echó una ojeada a Antoñina y a mí, que, sentadas en dos banquetas, permanecíamos muy quietas y calladas, ahocicadas en la vista del teatro criminal—. Además, ¡fíjese, fíjese! —Abrió la cancela para sacar a los guillotinos—. ¡Atienda! No sea melindre... —Mamá hizo de tripas corazón y echó un ojo a los difuntos—. ¿Ve? A éstos les han

quitado las testas a tarascadas. ¡A tarascadas se las han quitado! Y son *muerdos* de ratón. Mas, bien sabe la señora que en mi *cocina* no hay rata que se resista al enjuagado que a diario *fago del teito al chan*, que en él hasta se puede calabacear al *porquiño* que compón la *zorza*.

A mamá se le crispó la cara. *La Carola* tenía razón. Y su aflicción tornó en enfado.

—¿Dónde alojaste al hombre?

—Don Arturo me dijo que lo acomodara en el despacho, sobre esponja de lana cana.

Y al despacho que fuimos, todas a una.

Allí estaba él, más de las nueve eran y andaba durmiendo —lo supimos porque roncaba con un zumbidito de timbal, como de chicharra— con su vestimenta puesta, *requetepunchada* y sin enlode de sangre, el bombín calado en la testa y los ojos muy abiertos y muy oscuros. Y aunque era el mismo piojo que padre hospedara en la noche pasada, no parecía, como entonces, que tuviera vacías las tragaderas, pues el buche se le iba —de un botoncito el tamaño— hacia arriba y hacia abajo, inflado como lona de bajel, y luego se le caía de golpe buscando el firme como el que tiene resaca de un banquete delicioso. Uno, que en nuestra mesa no hizo.

—¡Despierta! —gritó mamá—. Maldita seas. ¡Despierta!

Agarrándolo con el índice y el pulgar —como se agarra a un bicho— por las solapas del traje, haciendo caso omiso de sus gritos chirriados y de los intentos por zafarse de sus dedos de nardo, lo metió en un tarro de vidrio que antes alojó galletas. Allí se quedaría hasta que llegase la noche y llegase papá. Hasta que papá viese los descabezados mirlos y lo pusiese de patitas en la calle.

Papá no lo hizo —llegar a casa sí—. Papa no lo echó, al contrario; enojado destapó el frasco, aposentando las palmas de sus manos para que el hombrecillo —que pese a estar encerrado, tras del vidrio todo el día y sin agua que sorber, no se descalzó el bombín y ni una sola arruga le deslució el traje— ascendiera por ellas y se ahormara en su

hombro, igual que hacía Pepe Grillo con Pinocho, o un loro con su pirata, o la malvada conciencia que mutó el alma buena que fue de padre. Digo «fue» porque agarrando a mamá de un brazo —de esos suyos, con aroma a nardo— para que no se zafase, le propinó una cachetada tan sonora y tan canalla que le rasgó el cuello por una hendidura de línea, horizontal y fina —en algunos tramos parecía más honda— que semejaba, por el tino milimétrico con el que estaba hecha, el alfajor de un carnicero. ¡Pobre mamá! ¡Y qué triste! Con sus ojitos glaucos perdidos al bies de la luna que los párpados guardan. Con sus labios alustrados que perdieron *la* color. Con su llanto cabizbajo y escarmentado que anunciaba que algo más que la tez de su cuello se quebró, pues junto con la piel se le rasgó el alma, se le rompió el amor y las ganas de vivirlo junto al hombre de su vida —o de la vida que *fue*, que eso sí lo sé, pues madre era muy mujer y muy gallega.

La Carola, Antoñina y yo enmudecimos, los labios muy abiertos y los ojos llorosos. De repente, el silencio chirrió con la risa del enano, propagándose por la mesa y las cacerolas y por el fragante mantel que a pote olía. Se le unió la de padre; en realidad, no era la suya, sino otra primitiva, vil y obscena, la de un diablo —*la Carola* decía que «*iso era cousa de gran meigallo e que había que rezar a Saint Cibran*»².

Jueves Santo

La noche de Jueves Santo ni cenamos ni dormimos...

Madre marchó con *la Carola* a su cuarto, lejos de la mala bestia que fue padre y del chinche del secuaz que, como parásito, adosado siempre al cuello del anfitrión, no demoraba en zumbarle cuentos, líos y patrañas que lo enrabiaban y mutaban, de dentro afuera, ha-

2 «... que eso era cosa de muy mal augurio y que había que rezar a San Cibrán»

ciéndolo enteco y descarnado. Así, de mi bendito padre solo el bigote quedaba; de su zaina cabellera, antes lustrosa y flamante, siempre peinada hacia atrás a lo Clark Gable, acaso resistían un manojo de pelos, sin sutura ni garbo —ni con goma lacraban—, y con la antojadiza forma de cuerno en las sienes, en las que retoñaba una temprana canicie que despuntó en pocas horas y que al alambre o a las greñas que las meigas llevan sobre las testas —para que de sus malos pensamientos ni el viento tenga noción— igualaban. Su cuerpo, antes robusto y lozano, altanero y señorial, lucía amojamado dentro del traje, tal cual si, como uva, lo hubiesen prensado por entero: cara, talle, tripas, tabas y... corazón. Aunque lo más remarcable de su muda y que animalizaba su aspecto eran sus ojos. Antes gallados, afables y cálidos; ahora, entornados y bermejós y ahítos de sangre; lacios y amargosos, sin asomo de luz, parecidos a los del enano blanco que de blanco solo tenía la envoltura, pues de simiente de alforfón debían ser sus entresijos para lograr semejante mutación en la sustancia y el juicio de un hombre adulto.

Y nosotras..., nosotras detrás de ellas nos fuimos —de madre y de *la Carola*—, todas a una, al resguardo del cuarto enteco y aromado a cebolla donde *la Carola* nació —bueno, esto del todo cierto no es, pero como eran más las añadidas al servicio de los Castro que las que vivió extramuros (en Tomeza), ella siempre decía que había nacido aquí—. Antoñina se guardaba con su hipo constante, y yo... Yo con el miedo larvado que se te mete en las carnes. Y toda la noche lloramos, toda la noche triste, mustia y desvaída, arrebuajadas sobre el camastro del ama que, recién entrada la madrugada y por ser muy mujer y muy gallega —pertinaz como la lluvia de nuestra tierra—, aún con el disgusto del atropello de padre, decidió encaminarse al monte para espigar hierbas de aroma de las que tanto gustan a los devotos del Santo: *loureiro*, hierba luisa, romero, ruda y mirto. Con ellas trenzaría un ramo que, aunque fuera imposible de refregar por la santa imagen por aquello de la distancia —más de semana y me-